

X

¡Qué alegre sonó el golpazo postrero de la puerta roja detrás de los dos viajeros!

Carmen, segura en los brazos firmes y cuidadosos de su amigo, se dejaba mecer y regalar como un niño en la cuna.

Había dado un suspiro de profundo alivio, y todo el gozo de la noche azul se le metía en el alma, con halagos de primavera y de ilusión.

Sobre la frente inmaculada de la joven se alzaba como un nimbo el oro de la barba rizada de Salvador, que parecía hermoso con el victorioso encendimiento de sus ojos zarcos, la sonrisa de noble ufaneza y el bizarro alarde con que amparaba á Carmen junto al co-

razón. Refrenando el impaciente retorno del *Romero*, desafiaba al porvenir, alta la frente, y gloriosa la vida, abierto con sumisión el campo á su carrera y abierta con dulzura la noche á su mirada.

La brisa odorante de la campiña corría á la par del *Romero*. La brisa columpiaba las flores, leda y gentil, muy acariciadora, y el caballo andaluz, fino y esbelto, bebía brisa y aromas, dejándoles al pasar la espuma blanca de su aliento.

Cuchicheaba la vida un secreto rumor de promesas en el misterio delicioso de aquella noche de amor, y acompasada con el ritmo solemne de la Naturaleza, la voz de Salvador, apasionada y feliz, secretaba al oído de Carmen:

—Ahora, siempre vas á estar fuerte y gozosa; ahora vas á ser otra vez la reina de Luzmela... y, además, la reina de mi vida.

Ella se estrechaba suspirante contra el pecho del mozo, y decía:

—Tengo sueño...

Con los labios sobre los cabellos enmarañados de la niña, le iba contando el médico un cuento de hadas.

—Duérmete y sueña, que yo te voy á regalar unas cosas muy bonitas... Vestidos de seda, cadenas de oro, anillos y pendientes...

Alzó ella la cabeza con un infantil movimiento de curiosidad, y sonrió, murmurando:

—¡Qué precioso!...

—Y tendrás—añadió la voz sugestionadora—una cama dorada, con paños de brocatel...; un tocador vestido de encajes..., ¿quieres?...; unas ánforas de bronce llenas de rosas...

Carmen, levemente, como en el éxtasis de un encantamiento, respondía:

—Sí...

—Y tendrás un Niño Jesús hermoso, con túnica de damasco y corona de plata, dueño del altar elegante de la capilla, sonriente, mirándote con los santos ojos, sanos y dulces...; ¿tú no sabes que Dios es muy hermoso?

—Sí...

—Pues ¿cómo te empeñabas en amarle únicamente en aquel Niño tuerto, calvo y sucio de la casona?

—Me daba lástima...

—Y Dios ¿no inspira mas que lástima?

—Yo no sé...

—Dios, alma mía, inspira admiración suma y fervor y entusiasmos y alegrías. Dios hace sonreír... Dios hace gozar...

—¿Hace gozar?—interrogó la muchacha, con ansiedad de antojo.

—Ya lo creo—afirmaba la voz convicta y

enamorada—. Todo lo bello y santo de la vida, Dios nos lo da para disfrutarlo... ¿No ves la noche, qué encantadora?... Pues es nuestra y de Dios...

Ella paseó los ojos un instante por la paz divina de aquella hora, y otra vez respondió:

—Sí...

—Yo te llevaré—contaba Salvador—á ver muchas cosas admirables que hay en el mundo... Iremos por la tierra y por el mar curioseando la vida...

Pero Carmen interrumpió, pronta y asustada:

—Por el mar, no...

—¿Le tienes miedo?

Dijo la niña, con timidez humilde:

—Tengo miedo á los barcos...

Y la imagen apuesta de Fernando flotó un segundo, al claror de la luna, delante de los viajeros, sonreidora y liviana, como una tentación.

Pero el médico, transformado ya en un hombre impetuoso y triunfador, aseguró, audaz:

—Tú ya no tendrás miedo á nada...; tú serás mi mujercita..., mi gloria, y ya nadie jamás podrá dañarte, ni perseguirte, ni hacerte llorar...; ¿no sabes que vamos á la paz y á

la dicha?...; ¿no sabes que vamos á Luzmela?...

Carmen, toda estremecida, toda confusa por un vago tropel de pensamientos y sensaciones, se desvió un poco de los brazos que la mecían, y mirando á Salvador con hondo afán, le preguntó:

—Dime: ¿quién era mi padre?

El detuvo un minuto la respuesta y luego dijo, con acento cálido y seguro:

—El amor.

La niña, incrédula, pero fascinada, sonreía.

—¿Y mi madre?

—El amor.

Tomó ella á sonreír, sacudiendo sobre su frente las crenchas rebeldes del cabello; después, muy ansiosa, volvió á preguntar:

—Y tú..., ¿quién eres?

Otra vez dijo la voz, convencida:

—El amor.

Y el amor fué á buscar, sediento, un beso en los labios preguntones de la muchacha.

Pero ella le detuvo, con un breve gesto de mujer, lleno de gracia, ordenándole:

—Espera...

Y en seguida, como si ya no quisiera más palique ni tuviera más ansiedades, se volvió á recostar con abandono inocente en los brazos amigos, musitando:

—Tengo sueño...

Salvador, acogiéndola como cuando era chiquita, todavía quiso averiguar:

—Y ¿qué espero, di, Carmencita?

—Espera que yo descanse... Espera que amanezca y que salga el sol...

En la temperie blanda de la noche resbalaron estas palabras pías, con inflexiones armoniosas de romance, y la mansa brisa que corría á la par del *Romero* fué llevando el eco de la voz romancesca por los confines serenos del paisaje.

Entonces, en la adumbración del bosque señero y en el cantar ululante del *Salia*, la resonancia maravillosa de aquella voz repitió, intensa y vibrante:

—¡Espera!...

Y los rizos murmurantes de las hojas nuevas, y las resplandecencias apacibles del cielo, y el olor generoso de la tierra, y toda la respiración misteriosa y profunda de la vida, repitieron en un solo acento, penetrante y firme:

—¡Espera!...

Ya la torre de Luzmela, un poco desalmada, seria y noble, se recostaba en el azul sin mancha del celaje.

Un gallo trasnochador lanzó su canto es-

tridente fuera de las tapias enzarzadas de su corral.

El potro andaluz, instigado por la querencia de la cuadra, dejó deshacerse en el viento, con un bravo resoplido, el último copo blanco de espuma.

Carmen descansaba en regalada quietud, tal vez soñando con el Dios bienhechor y piadoso de las almas buenas, y Salvador, inflamado de anhelos, saboreaba la inmensa felicidad de luchar y de sufrir con la esperanza en los brazos.

XI

Cuando Rita recibió á la puerta del palacio el maltratado cuerpo de su niña, tomóle bajo su cuidado como un sagrado depósito y le hizo reposar entre lienzos albos y finos, orlados de puntillas, en la cama dorada, bajo la colcha joyante y rica...

Mimada y socorrida, hermoseedada por la limpieza y el esmero, con el cabello alisado sobre las sienes y el alma aquietada, la niña de Luzmela cerró los ojos en la placidez de un sueño leve, incompleto, que no la desligaba de la realidad y la permitía memorar los suplicios de sus cinco años de esclavitud al través de la sonrisa de su libertad.

En el dulce sopor de aquellas horas, cobi-

jada por la piedad y el amor, Carmen sentía una secreta voluptuosidad en remover las imágenes espantosas de la casa de Rucanto y hacerlas desfilar en su memoria como una procesión negra, maldita y condenada.

Con su breve mano de niña levantaba el velo de compasión que había echado siempre su bondad sobre aquella familia enloquecida y bárbara, y se iban presentando en la escena de sus dolores la hermana y los sobrinos de don Manuel en traza alegórica, en caricatura de miedo y de risa.

Doña Rebeca iba delante, montada en una escoba; llevaba á medio cubrir las piernas, secas y nudosas como leños, y en los pies unas alpargatas cenicientas.

La melena blanca, corta y desigual, agitábase erizada, sacudida por el viento; lucía un corpiño de color de ala de mosca, prendido con alfileres, y en la falda, mezquina y desgarrada, un landre voluminoso lleno de llaves de alacenas, cofres y arcas... Iba cantando, en voz de falsete, plañidera y tenaz, una extraña canción hecha con refranes y majaderías.

Marchaba detrás Narcisa, muy tiesa, con la cara verde y el traje amarillo; llevaba en el pecho una margarita blanca muy marchita. Le habían puesto en los labios un candado cruel y tenía en los codos dos bocas horri-

bles, abiertas por sangrienta desgarradura de la carne en una explosión de sapos y culebras.

Detrás de Narcisa se arrastraba Andrés «á cuatro patas», sobre un charco de vino hediondo, luchando por levantarse, en un pataleo intercalado de blasfemias y amenazas.

Después llegaba Julio, amortajado, andando sin pasos ni ruidos, como un ánima en pena; abría desmesuradamente los ojos, con expresión satánica, y lanzaba unas desatinadas imploraciones.

Pasaron todos y se fueron alejando en una sombra espesa y flotante, húmeda y fatal, como nube preñada de tormenta, mientras Carmencita, desde la blandura suave de su lecho, sonreía con una sutilísima sensación de placer.

Cuando la procesión temerosa había desaparecido, se presentó en remota lejanía la silueta gentil de Fernando; llevaba en la mano un ramillete de borrajas y una gorra de marino sobre el endrino pelo rizoso.

A Carmen se le aceleró entonces el corazón con un latido ardiente, y la imagen de Fernando se inclinó, muy galante y zarandera, para ofrecer el ramo de flores á una moza que pasaba. Carmen no la conoció...; ¿quién sería?... Le pareció que le estaban diciendo al oído, con oficiosidad maliciosa: —Sí...; es

Rosa, la del molino...; una de mucho empaque..., pinturosa de la rama...

La niña de Luzmela volvió la cabeza hacia otro lado, muy despreciativa, con un desdeñoso gesto de mujer de calidad... Se había encalmado ya su corazón en un compás armonioso y grato.

Abrió los ojos, sus divinos ojos oscuros, encendidos otra vez con un sano fulgor de alegría, y vió cómo la luna, al través de los vidrios descubiertos, ponía á los pies de su cama una pálida alfombra de luz que iluminaba tímidamente toda la habitación.

Con aquel rútilo gozo de la noche alumbró la muchacha la memoria de los serenos días que disfrutó en aquella noble casa, hasta la infausta hora de la muerte del hidalgo.

Siempre que el recuerdo de aquella muerte le acudía, sentía en torno suyo el sordo rumor de unas alas hostiles y el graznido agorero de un ave siniestra.

Un fatalismo implacable la sacudió obligándola á incorporarse, trémula, bajo aquel susto misterioso, huyendo del vuelo torpe y del canto augural.

Vió entonces á Salvador, vigilante y desvelado, contemplándola con insaciables arrobos, con infinita y atenta solicitud.

Ella, sin sorpresa, segura de que allí la

estaba acompañando el constante amigo de su alma, le preguntó, con voz lagrimeante de niña miedosa:

—¿Todavía vuela por aquí la *nétiga*?

Salvador ignoraba que Carmen unía siempre á la idea de la muerte la aparición del ave fatídica; pero al notar el entristecimiento de su semblante, adivinador y cuidadoso, le dijo, como quien cuenta una infantil conseja:

—Ya no volverá la *nétiga* nunca á volar sobre tu jardín. Yo la maté, ¿no sabes?, con mi escopeta cazadora, desde el balcón de mi cuarto. Cayó, sin vida, encima de un rosal, y me costó encontrarla, porque las flores que ella lastimó al caer la cubrieron de hojas...

—¿Toda la cubrieron?

—Toda; y así, cubierta de rosas, la hice enterrar... ¡Ya no hay *nétiga*!...

Carmen, con voz de maravilla, repitió como un eco:

—¡Ya no hay *nétiga*!

Y, con la cara radiante, posó otra vez en la almohada su cabeza peregrina.

Salvador la pulsó, acariciándola como á un ángel ó como á un niño, blanda y dulcemente. La fiebre que, al atardecer, la enardecía, había remitido en el bienhechor reposo de aquellas últimas horas, y al esconder los

ojos á la sombra ideal de las pestañas, el buen sueño reparador la besó en los párpados, hasta que, vigilada de cerca por el amor, se quedó dormida.

XII

Engendrada en el seno recatado de aquella noche de Abril, nació la primera mañana de Mayo, rasgando los tules cándidos de la aurora, desenvolviéndose, con divina gracia, del manto azulino que la luna había puesto pálido de luz.

Todo el júbilo de la primavera se asomó al cielo y se fundió en un azul profundo, nuevo y triunfante, que recortó en su intensidad milagrosa los montes gigantes, los bravos montes de Cantabria.

Blanquearon en el valle todos los senderos, tendidos sobre el verde lozano de mieses y praderas, y en todos los nidos se inició una armonía de gorjeos, y en todas las hojas reza-

ron las brisas una plegaria henchida de misteriosas promesas, impregnada de secretas caricias.

Las aguas del *Salía*, mugientes y espumosas, aplacieron su cantar valiente en una mansedumbre de homenaje, como diciéndole «un escucho» de amor á la mañana.

En los surcos floridos de la vega, también las mansas arroyadas le contaron una dulce querella á la luz gloriosa que nacía.

Y toda la tierra fué aromas, y todo el aire armonías, y toda la vida resurrección y victoria...

El alma de Salvador estaba de rodillas, afanosa y esperanzada, delante de aquel amanecer feliz.

Carmen le había dicho: «Espera que yo descanse, espera que amanezca..., espera que salga el sol...»

Y llegaba, por fin, la hora bendita, la hora soñada, la sublime hora...

El médico miraba, extático, á su amada, dormida, entregada á él en abandono de fraternal confianza, segura y serena bajo la egida del noble amor...

Una deliciosa brisa, saturada de la belleza y la poesía de la mañana, bajó al jardín, muy despacito, después de besar en silencio la ventana de Carmen; á su paso, todas las

flores hicieron á compás una graciosa reverencia... Se prendió en los cielos el primer rayo de sol y Carmen abrió los ojos.

Acarició con mirada curiosa la habitación, elegante y alegre, y miró á Salvador, fascinada, muy sorprendida... Venía del país del sueño y del olvido.

Gozándose él en aquel asombro risueño, le contó:

—Anoche te salvé; te redimí; te traje conmigo á la paz y al amor, ¿no te acuerdas?... Aquí está la primavera, vestida de galas para ti...; aquí está Mayo, loco de alegría, lleno de rosas...; aquí está la mañana de mi esperanza... Carmen, ¡acuérdate!: ha salido el sol... Dios te mira y te sonrío y te ofrece la felicidad...; ya se acabaron las sombras de tus penas..., ya toda la vida para ti es luz...

Ella, posesionada de la realidad hermosa de aquel día, con sus ilusiones que se despertaban y sus ansias que renacían, miró á Salvador con inefable promesa, y haciendo una sola frase elocuente y cándida, respondió únicamente:

—Sí..., ya me acuerdo...: ¡estamos en Luzmela!...